

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. También es de día.

ESCENA PRIMERA

SATURNINO y BLAS

BLAS.—¿De manera que usted no le ve ningún arreglo?

SAT.—Ninguno.

BLAS.—¿Y la señorita tendrá que resignarse?

SAT.—A la fuerza...

BLAS.—¿Y qué han dicho los abogados?

SAT.—Lo que ya sabíamos: que no tiene título legal para reclamar y que se exponía a perder el legado de la casa.

BLAS.—Estos abogados de pueblo no sirven para nada. ¡A cualquier hora decía uno de Madrid que no hay título habiendo dinero! Y esa es su obligación, porque si un abogado no ha aprendido a enredar los pleitos, ¿qué es lo que aprende un abogado?

SAT.—No es tan fácil, Blas. ¿Ya no recuerdas el testamento?

BLAS.—¡Vaya si lo recuerdo! Con asomarse a la primera página ya le da a uno en las narices el no sé cuántos del Código y el no sé cuántos más de la dicha ley... Hay párrafos tan amarrados que yo esperaba ver salir de ellos una paja del orden y seis o siete de policía.

SAT.—Y contra eso caben pocas trampas... No hay más sino confiarse en la generosidad de los herederos.

BLAS.—¡Que llevan un mes peleándose para ver quién da menos! ¿Sabe usted lo que le digo? Que eso es igual que ser manteca y confiarse a la lumbre.

SAT.—Pues si tú conoces el remedio, venga.

BLAS.—Yo no he estudiado y no caigo en falta por no saber triquiñuelas, don Saturnino; pero si yo fuera hombre de leyes... ¡me moría de vergüenza antes que confesar que no había una ley apañada para mi cliente!

SAT.—Es doloroso que no lo seas...

BLAS.—Y don Perfecto... ¿qué? ¿No echa una mano para salir del atolladero?

SAT.—Ese mira impasible cómo los otros defienden sus ochavos, y si le hacemos alguna ob-

servación respecto de la miseria y de la tacañería de esas gentes, responde que es lo natural, que lo mismo harían todos en el caso de ellos... y se ríe.

BLAS.—Pues en cuanto cobre yo mis diez mil pesetas...—antes no, porque no quiero bromas con los legados...—pero en cuanto que las cobre le juro a usted que como don Perfecto no se ría para pedir árnica, otra cosa no le hace gracia en muchos días.

SAT.—Buen consuelo recibirá la señorita con eso.

BLAS.—Ella no, pero yo sí; que siempre se alivia uno pegándole a otro...

SAT.—Pues alíviate.

BLAS.—Usted tampoco lo traga...

SAT.—No sé qué contestarte Blas. Unas veces le odio y otras me parece que lleva tanta razón al despreciarlo todo, que le votaría para rey o para alcalde.

BLAS.—¿Sabe usted lo que digo yo que le iría bien, mejor que la corona y que la alcaldía? Una piel de zorro.

SAT.—Eso lo dice él mismo: que si hubiera nacido en plena Naturaleza hace cuarenta siglos y pudiendo elegir, habría sido león; pero hoy,

con los poblados, las escopetas, los venenos y las jaulas, los leones hacen un papel muy desairado, y que los zorros, especialmente los de dos pies, son los amos y señores de la creación.

BLAS.—También yo soy de ese pensar. ¿Y sabe usted lo que le digo? Que ya no le pego.

SAT.—Tú verás.

BLAS.—¿Y usted no encuentra muy raro el que hagan tan buenas migas el esperpento ese y la señorita Paz?

SAT.—¿No la quieres tú? ¿No la quiero yo? ¿Pues de qué te sorprendes si la quiere también otro?

BLAS.—No ha contestado usted ninguna tontería, don Saturnino; pero yo tengo un añadido para esa contestación, y es que nosotros somos personas y don Perfecto es un bicho venenoso; que si las palabras se clavarán en la carne, tendríamos ronchas en el cuerpo o sabe Dios qué enfermedades.

SAT.—Te equivocas: con la señorita no emplea jamás una palabra desvergonzada, y ya ocurrió que no terminara la que decía sólo por entrar ella.

BLAS.—¿Lo ha domesticado?

SAT.—Un poco... A la segunda vez que se

habla con afecto a los hurraños, o se echa de comer a las fieras, aún gruñen, pero ya no muerden; a la tercera, ni gruñen ni muerden, y después se encariñan...

BLAS.—Puede que sea algo de eso.

SAT.—Estoy seguro de que si hoy le fuera posible hacerle un bien, lo haría sin vacilar... y sin gruñir.

BLAS.—¿Sabe usted lo que le digo? Que ya no le pego a ese hombre.

SAT.—Lo habías dicho ya.

BLAS.—¿Sí?

SAT.—Sí, Blas, sí.

BLAS.—No importa; esta es de las veces que me gusta repetir.

ESCENA II

DICHOS, AMBROSIA por la izquierda

AMB.—Don Saturnino, ya me tiene vestida con lo nuevo. Aunque no es día de fiesta hay que obedecer a la señorita.

BLAS.—Cada vez que la veo, tan alegre... y tan resignada, que otra cosa no puede ser, me dan unas tentaciones locas de escribir una carta al otro mundo con sobre al infierno, diciéndole

a don Santiago cuatro verdades que le escuezan.

SAT.—(*Reprendiendo.*)—Blas...

BLAS.—La charranada que le hizo a la señorita no tiene perdón.

AMB.—¡Eso, Blas, eso!

BLAS.—Y lo menos que le llamaba yo al difunto era granuja...

SAT.—¡Blas!

BLAS.—¡Estafador!

SAT.—¡Blas!—(*Pausa.*)—Tú no puedes quejarte, que bien espléndido fué contigo.

BLAS.—Es verdad. Y también le pondría una posdata dándole muchas gracias por lo mío. Una cosa no quita la razón a la otra, don Saturnino.

AMB.—Claro que no. Y sin dinero se queda la señorita; pero no se queda sin criada, que una servidora la sirve.

BLAS.—Y un servidor.

SAT.—Ya sabe que la queréis...

BLAS.—Es correspondencia.

SAT.—Y de lo demás, de lo que ella pueda hacer y de lo que nosotros la sirvamos, Dios dirá...

BLAS.—Pues a poner las manos en las orejas, que Dios a veces habla tan bajito que por la tierra no se le oye.

SAT.—Desgraciadamente...

BLAS.—¿Tú estás fija en quedarte?

AMB.—Que sí.

BLAS.—Y yo también estoy en quedarme. ¿Me deja usted tratar una idea con la Ambrosia, don Saturnino?

SAT.—Sí, hombre.

BLAS.—(*Deteniéndole.*)—Sin marcharse. Oye, Ambrosia, tú no eres fea.

AMB.—Tampoco me lo creo.

SAT.—Con motivo.

AMB.—¿Lo ves?

SAT.—Ya estaba yo enterado sin necesidad de los ojos de nadie... Y yo no soy una pintura, pero tampoco soy una visión. ¿Eh?

AMB.—Según. En gestos no hay ordenanzas.

BLAS.—Pues hay que saber el tuyo para seguir por mi idea.

AMB.—Pon que no lo eres.

BLAS.—Gracias.

AMB.—Pero a ver lo que hablas; no tengamos luego disgustos con alguien.

BLAS.—¿Con quién?

AMB.—Con la Rafaela, que bien te la miras.

BLAS.—No es verdad.

AMB.—¿Que no?

BLAS.—¡Que no! ¡Qué me va a gustar a mí una mujer tan flacucha que se le marcan todas las venas y parece un paraguas sin tela!

AMB.—Tú ahora dirás lo que quieras y lo que te dé la gana; pero en más de una ocasión te hemos visto rondarla.

BLAS.—No digo que una casualidad de estar cerca no haya habido...

AMB.—Y dos y tres...

BLAS.—Mira, Ambrosia, ya ofendes con esa matraca. ¡A mí no me pudo gustar nunca una mujer que tiene menos carne que un gazpachol!

SAT.—No le ofendas...

AMB.—Pues que siga con su idea a ver a dónde va.

BLAS.—Decía yo que gustándome tú, y no siendo yo muy antipático, y quedándonos los dos en la casa, había que pensar en algo. Tú tienes dos mil duros y yo otros dos. Si nos juntáramos, tú tendrías lo tuyo y lo mío, como yo lo mío y lo tuyo.

AMB.—Naturalmente.

BLAS.—Es decir, que tú tendrías cuatro mil duros y yo también cuatro mil duros.

AMB.—Así es.

BLAS.—Bueno, pues cuatro mil duros tuyos y

cuatro mil míos son ocho mil duros. ¡Digo yo que vale la pena de pensarlo, Ambrosia!

AMB.—Sí que lo vale.

BLAS.—Hay muy poquita gente que pueda empezar con la fortuna que nosotros, y lo de no ser tú fea ni yo antipático.

AMB.—Todo suma, Blas...

BLAS.—Entonces... ¿nos juntamos?

AMB.—¿Casarnos?

BLAS.—También, si quieres; ya ves que por mí no hay dificultades.

AMB.—Déjame pensarlo y mañana te contesto.

BLAS.—¿Qué calculas tú que me responderás?

AMB.—(Zalamera).—Hombre...

BLAS.—(Abrazándola).—¡Eh!

SAT.—Si no es muy necesaria mi presencia para estos detalles...

BLAS.—Nos iremos nosotros.

SAT.—Os lo agradeceré...

BLAS.—(Llevándosela).—Es una bobada que aguardes a otro día para decir una cosa de buena voluntad.

(Mutis los dos por el foro.)

ESCENA III

SATURNINO: JACINTA por la izquierda

JAC.—Ya estamos todos majos y peripuestos: ¿A qué viene tanta elegancia, don Saturnino?

SAT.—A que hoy vuelven aquí los señores herederos.

JAC.—¿Y qué dejan a la señorita?

SAT.—Eso resolverán definitivamente.

JAC.—¿No se sabe aún?

SAT.—No. Ahora están reunidos en la fonda para acordarlo.

JAC.—No se correrán, no.

SAT.—Y gracias a que por obligación han de señalar una cantidad, que si no...

JAC.—Y cómo ustedes se han cruzado de brazos...

SAT.—¿Qué íbamos a hacer? ¿No vendrás tú a enseñarnos cómo se quiere a la señorita?

JAC.—Yo no enseño nada.

SAT.—Haces bien.

JAC.—Pero ya estoy harta de cariños en las palabras. En los hechos, en los hechos.

SAT.—¿Y quién soy yo para resolver algo, ni

siquiera para intentarlo? ¿Te figurarás que no lo siento?

JAC.—¡Sentir, sentir! Para lo que sirve el sentir! ¡Y todos son iguales y ninguno merece el pan que come! El mismo don Juan Antonio, que levantó el vuelo con los demás, y que después ha venido con muchas zalamerías y muchas amistades, no vale más que los otros. Todo lo que se quiera de cariño y de buenos deseos; pero de dinero aún no abrió el pico.

SAT.—Yo no lo hubiera vuelto a recibir, porque el modo aquel de marcharse el primer día sin una palabra de consideración, ni un ofrecimiento por amabilidad, estuvo bien cruel...

JAC.—Eso ya lo ha explicado. Marchó con ellos para ver si aprovechaba la impresión del momento y los decidía a generosidades...

SAT.—Aún hay que agradecerle que se disculpe. Obligación no tenía...

ESCENA IV

DICHOS: PERFECTO por el foro

PERF.—Hola...

SAT.—Hola...—(A Jacinta).—Trae la botella.

JAC.—Eso, eso. A coger la mona tempranito.

PERF.—¿Y de dónde sacas tú que yo beba por gusto? El cuerpo necesita un número de calorías en la sangre: con la edad se disminuyen y hay que recuperar esos grados de calor artificialmente. En realidad, yo no bebo; me curo.

JAC.—Usted dirá lo que le venga a la boca, pero que usted bebe, lo digo yo y lo dicen las botellas.

SAT.—Jacinta...

JAC.—Y el nombre que les cuadra a los que se curan así es el de borra...

SAT.—(Interrumpiéndola).—¡Jacinta!

PERF.—¡Buena cosa son los hombres para juzgar a nadie por ellos! He conocido Serafines que eran horribles: un Angel se me llevó un abrigo de pieles...; y la mujer de don Patricio, que se le escapó tres veces, sigue llamándose Inocencia. Así es que yo estudio a las gentes y veo cómo se portan antes de decirles: Amigo Casto, hace usted perfectamente en llamarse Casto: o amigo Bienvenido..., ¿por qué no se llama usted Bien... ido?

JAC.—¿Y a usted le va el suyo, don Perfecto?

PERF.—Sí, porque el mío no es un nombre; es una aspiración universal.

SAT.—¿Tiene usted noticias de la reunión?

PERF.—Ninguna todavía. Hace frío hoy...

SAT.—Sí, señor. (A Jacinta). Trae la botella.

JACT.—(Aparte a Saturnino).—Espérenla un poco...

(Mutis por la izquierda,)

ESCENA V

PERFECTO Y SATURNINO

SAT.—¿Qué calcula usted que le dejarán?

PERF.—Lo menos que puedan.

SAT.—Parece increíble, llevándose una fortuna tan grande...

PERF.—Increíble, no: al contrario, naturalísimo. Para ser generoso hay que tener poco dinero... Las grandes tacañerías están siempre en los grandes capitalistas.

SAT.—No diga usted eso, que ya hay filántropos...

PERF.—Sí los hay, sí...; pero la filantropía, es decir, el bien a muchos, suele ocultar el odio a uno...

SAT.—Es usted muy desconfiado...

PERF.—Bastante; de cada cosa que se hace las razones que se pueden dar no caben en un libro: la razón íntima y callada, la verdadera razón, esa cabe en un papelillo de fumar... y sobra papel.

SAT.—No cree usted en el desprendimiento, en la caridad...

PERF. Sí, hombre. ¿Quién duda que hay acciones buenas? Lo que digo es que hay pocas... y de esas pocas, que aparentemente son buenas, hay que rebajar algunas que en el fondo encierran una sutilísima villanía. Pero que existen rasgos admirables de altruismo y de bondad, ¡eso es innegable!!!... ¡En mí tengo la prueba fehaciente, Saturnino! Ese diez por ciento que me ceden los herederos.

SAT.—(Asombrado). ¿Que le ceden a usted?

PERF.—¡Y hay que ver la bicoca! (Sacando un papelito).—«Ciento veinte y siete mil trescientas once pesetas».

SAT.—Pero... pero... ¿por qué le ceden a usted una suma de esa importancia?

PERF.—¡Qué preguntas tan cándidas! Por afecto, por simpatía personal. ¿Tú no comprendes la simpatía personal de los herederos al único albacea?

SAT.—¿Y lo dan voluntariamente?

PERF.—Encantados. Antolín, además, quería sacarme los ojos.

SAT.—Sacarle los ojos...

PERF.—Supongo yo que por tener algún recuerdo mío... Pero vamos, todo se llevó con la más exquisita corrección. Yo les dije, la tarde misma en que leímos el testamento, que tendría mucho gusto en que me cedieran esa cantidad. Les debió hacer gracia, porque se rieron muchísimo.

SAT.—¿Qué más?

PERF.—Nada más. Pasaron tres días, y fué Antolín a verme; le costesté que aún no había tenido tiempo para empezar a ocuparme de los asuntos de ellos. Pasaron cuatro días más y fué Jacobo. Le contesté que aún no había tenido tiempo, etc. Pasaron otros veinte días y fueron todos los herederos juntos a interrogarme, alegando sus prisas y sus impaciencias y sus negocios, y yo les contesté asombrado: «¿Pero están ustedes locos? ¡Pensar que puede terminarse en treinta días, ni en treinta meses, una testamentaria de esta gravedad!... No les debió hacer gracia, porque no se rieron nada...»

SAT.—Me lo explico...

PERF.—A la mañana siguiente volvió Antolin a proponerme el dos. Nos reímos los dos... Luego escalaron las ofertas, y al fin llegamos al diez, coincidiendo con el día en que yo terminaba las operaciones testamentarias. Ayer, precisamente.

SAT.—¿Y si no transigen no se terminan?

PERF.—Ellos mismos reconocen la imposibilidad material.

SAT.—¿Y esa... donación va a constar en las partijas?

PERF.—¡Qué preguntas tan cándidas, Saturnino! En los documentos, lo legal aparece como legal, y a lo ilegal se le reviste de más legalidad todavía. Eso es el a b c de lo ilegal, Saturnino...

SAT.—Luego usted declara...

PERF.—Que voy de hiena con las hienas. ¿Querías que fuese de caballero a donde los otros van de buitres? ¡Pues claro que voy así! ¿A mí que me importan ellos? Somos extraños; se llevan una fortuna por casualidad, y por la misma razón de casualidad estoy yo en condiciones de imponerme... ¡Pues a repartir si desean paz y dinerol...—(Sonriendo).—Y repar-
timos.

SAT.—(Con sorna).—Amistosamente...

PERF.—Amistosamente, sí. No conozco ninguna causa de simpatía más poderosa que un negocio... Pon un negocio mutuo entre hombre y hombre, y acaban siendo íntimos amigos: pon el negocio entre hombre y mujer, y acaban siendo amantes, mientras que si pones únicamente el amor, muchas veces acaban sin ser nada.

SAT.—Muchas veces...

PERF.—No hay amor más fuerte ni más duradero que el amor que nace fuera de toda idea de amor e injertado en una idea de interés... Como las rosas, que degeneran en los rosales y se embellecen en los espinos.

SAT.—Es verdad.

PERF.—Es verdad, y esto explica el por qué las mujeres suelen querer mejor y más pronto a los hombres malos, a los espinos de la Humanidad.

SAT.—Les dan más aureola que los buenos...

ESCENA VI

DICHOS: PAZ, por la derecha

PERF.—(Con asco y desprecio).—Y el bueno

que se encuentra a una mujer desvalida, sola... y por quiotismo se aproxima a ella...

PAZ.—Felices, don Perfecto.

PERF.—Felices. (*Sonriendo a Saturnino*) Es un mal hombre si la desampara.

SAT.—(*Aparte a Perfecto*).—Me parece que no iba usted a concluir así la idea.

PERF.—Quizás no; pero los hombres no saben nunca cómo concluyen cuando entra una mujer... (*Yendo a Paz*). ¿También usted se engalanó, Pacita?

PAZ.—También yo. Hoy me despido de los sueños locos, y a un día triste no quiero añadirle tristezas. Me puse galas, como usted dice: unas flores en el pecho, otras flores por la casa, y he mandado abrir las ventanas para que entren el aire y la luz. ¡Son alegrías chiquirriticas y un poco infantiles, pero al menos, cuando las cosas grandes vengán haciendo daño, las cosas pequeñas nos darán su pequenísima alegría!

Saturnino la mira, y apenado, va retirándose por el foro.

PERF.—Las pequeñas cosas que hacen grande la vida... ¡Sé de algunas que yo tuve... pero que ya no sé a donde han ido a parar! (*Pausa. Afectuoso.*) Flores por la casa, bien están; flores

en el pecho, bien están. ¿Y dentro? ¿No hay una florecita, ni una hierba olorosa, ni un brote?

PAZ.—(*Ingenua.*)—¿De qué, don Perfecto?

PERF.—De esperanzas, doña Pacita.

(*Pausa.*)

PAZ.—(*Después de mirar a Perfecto y mirar al suelo varias veces.*)—¿Muy pequeñitas?

PERF.—Muy pequeñitas.

PAZ.—¿Invisibles casi?

PERF.—Invisibles del todo, pero con sus raicillas muy hondas.

PAZ.—De esas sí creo que hay algunas.

PERF.—¿Y en qué se cifran? El testamento, por desgracia, está muy claro.

PAZ.—En él ya sé que no hay posibilidad de esperar nada.

PERF.—¿En mí?

PAZ.—¿Y usted qué puede hacer? Repartir mejor o peor, pero entre los nombrados únicamente.

PERF.—Voluntad no me falta...

PAZ.—(*Cariñosa.*)—Ya lo sé. Usted es muy bueno, aunque no se atreve usted a mostrarse todo lo bueno que es por temor a las burlas de los que tienen acaparada la bondad oficial.

PERF.—(Riendo. Conmovido.)—¡Pacita, Pacita! Cuando yo me lance a ser bueno, muchos van a decir que soy muy malo. Pero sigamos con lo tuyo. ¿En quién confías? Te tuteo, ¿verdad?

PAZ.—Si usted quiere...

PERF.—Gracias. ¿En la esplendidez de los herederos?

PAZ.—No.

PERF.—¡Claro que no! Eso sería más absurdo que un sombrero barato de señora. ¿Y entonces? Hemos descartado ya a todos los que pudieran ayudarte. ¿En quién confías tú? Dímelo, Pacita, dímelo.

PAZ.—¿No se reirá usted?

PERF.—Es posible... pero dílo, dílo.

PAZ.—(Ruborosa.)—En un caballero andante...

PERF.—(Llevándose las manos a la cabeza.)—¡¡Uy!!

PAZ.—(Cortada.)—¿Me callo?

PERF.—No. (Declamado.) «En un caballero andante, que viene por los campos...»

PAZ.—No...

PERF.—¿Que ya vino? (Declamado.) «Que ya vino por los campos...»

PAZ.—No. En el tren.

PERF.—Eso quería yo decir. Rocinante ahora come carbón y bebe gasolina. Pegaso tiene motor... ¡van con el tiempo! Sigue, sigue.

PAZ.—Y me prometió solemnemente amparo y defensa.

PERF.—¿Es Juan Antonio?

PAZ.—Juan Antonio.

PERF. No hay motivo especial para que yo desconfíe de las promesas que pudo haberte hecho, pero cuidado, Pacita, no vayamos a forjar una novela sobre la base de un ofrecimiento cortés o de una galantería.

PAZ.—Es que usted lo trata muy poco.

PERF.—¿Y tú?

PAZ.—Un poco más. Y he podido apreciar toda la delicadeza de su conducta y toda la bondad de su alma.

PERF.—(Llevándose las manos a la cabeza.)—
¡¡Uy!!

PAZ.—(Cortada.)—¿Qué he dicho?

PERF.—Vamos a ver si sabes lo que has dicho. Juan Antonio... ¿te galantea?

PAZ.—¡No, señor!

PERF.—¿Pues qué hace?

PAZ.—Nada.

PERF.—No es mucho. ¿Qué te dice para que aprecies su alma?

PAZ.—Una porción de cosas... y ninguna. Ninguna de eso...

PERF.—¿De qué, Pacita?

PAZ.—De eso que usted pregunta. No se haga el bobo, don Perfecto.

PERF.—¿De manera que, sin haber nada concreto ni definitivo entre vosotros, tú comprendes que Juan Antonio, por lo amable, por lo asiduo y por lo cariñoso, tiene una gran simpatía hacia tí?

PAZ.—¿Ve cómo es usted listo, don Perfecto?

PERF.—Gracias. ¿Y tú? ¿A qué altura andas tú de eso?

PAZ.—¿De simpatía?

PERF.—Si le quieres llamar de otro modo...

PAZ.—¡No, no!

PERF.—Bueno ¿Cómo andas?

PAZ.—Pues yo... ¡póngase usted en mi lugar...!

PERF.—¡No!

PAZ.—Compréndame usted... ¿Cómo he de resistirme yo, desamparada y pobre, a sentir una gratitud y una estimación inmensa por quien puede traerme cariño, amparo y fortuna, cuan-

do todo ello viene de un hombre joven, elegante, simpático, de talento...

PERF.—(Interrumpiendo)—Bien, bien; cerremos ese grifo...

PAZ.—¿No tengo razón...?

PERF.—Bastante.

PAZ.—El primer día ya, y viéndome desconsolada, me dijo lo más hermoso, lo más noble y lo más leal que ha oído una mujer: «si me necesitas, yo vendré para tu defensa con yelmo y lanza y caballo escuálido por si he de cabalgar. Soy tu caballero andante, si es preciso; si no es preciso, no soy nada...»

PERF.—Mi pobre vista está ya muy débil. En el bando de buitres venía el halcón y no lo he distinguido.

PAZ.—Ahora ya sabe usted por qué tierra nacen las florecitas de mis esperanzas.

PERF.—Que Dios te las bendiga.

PAZ.—Eso está bien contestado. Ya no dice usted, y yo se lo agradezco de todo corazón, aquellas palabrotas feas que lastimaban los oídos.

PERF.—No te las digo a tí... porque tú mereces que te hablen con respeto, y mis malas respuestas, aún las más rápidas, se detienen un mo-

mento en el aire para hacer su *toilette* antes de que tú las oigas.

PAZ.—(*Abrazándole*).—¡Cuando yo digo que es usted muy bueno!

PERF.—(*Sonriendo gozoso*).—Cuando tú lo dices, me lo creo yo también.

PAZ.—(*Dándole la mano izquierda para despedirse y con la derecha imponiéndole silencio*).—Y de lo que hemos hablado, chitón, ¿eh...?

PERF.—(*Haciendo el mismo ademán*).—Chitón.

PAZ.—Guardemos el secreto... aunque si la alegría tuviera cascabeles, como la locura, por toda la casa se oiría conmigo el tintineo.

PERF.—Ojalá se oiga pronto.

PAZ.—Pero mientras, chitón, don Perfecto.

PERF.—Chitón, doña Pacita.

Mutis. Paz, marcándole silencio, por la derecha.

ESCENA VII

PERFECTO que un momento queda inmóvil y sonriente, mirando hacia el sitio por donde marchó PAZ. Luego SATURNINO y JUAN ANTONIO, por el foro

J. ANT.—Buenos días, señor Sanjuanella.

PERF.—(*Saludándole con afecto*).—Muy buenos, Juan Antonio. ¿Se ha terminado la reunión?

J. ANT.—Sí.

SAT.—Mil duros cada uno. En total cinco mil duros.

J. ANT.—A pesar de todos mis esfuerzos no he podido conseguir que señalaran una cifra mayor.

PERF.—Ya me lo figuraba.

J. ANT.—Y vengo a comunicárselo a la pobre cilla Paz.

PERF.—(*A Saturnino*).—Avisala.

(Mutis Saturnino pausadamente por la derecha.)

J. ANT.—He luchado y la he defendido lo que usted no puede imaginarse.

PERF.—Ya supongo que la defenderías; de eso está ella también muy persuadida.

J. ANT.—Pero nada; fui a estrellarme contra la indiferencia. ¡Le aseguro a usted que he peleado con uñas y con dientes!

PERF.—(*Dándole palmaditas afectuosas*).—Lo creo, lo creo...

J. ANT.—Hasta que yo mismo tuve sonrojo de insistir más.